

Origin_EYaoIES



Relatos Homoeróticos
2011

I COLECCION HOMOEROTICA

Recopilación Relatos Homoeróticos 2011

Origin EYaoiES

Colección Homoerótica

www.coleccionhomoerotica.com

http://es.groups.yahoo.com/group/origin_eyaoies/

Primera Edición: Diciembre 2011

Edición y revisión: Aurora Seldon, Khira, Nayra Ginory

Diseño Portada: Khira

© Copyright Origin EYaoiES y Colección Homoerótica
Todos los derechos de la obra pertenecen a sus autores.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o compartida en cualquier forma sin autorización expresa de los autores.

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores (sexo homoerótico) y no es recomendable para menores de edad.

Recopilación

Relatos Homoeróticos 2011

En esta ocasión, la Colección Homoerótica ha preparado una recopilación de relatos de diversos autores hispanohablantes en torno al amor entre personas del mismo sexo.

Autores de distintas nacionalidades se reúnen con relatos contemporáneos, históricos, de ciencia ficción y de fantasía que muestran las facetas de este amor homoerótico en sus obras.

Algunos de los hechos que se narran están basados en leyendas locales; sin embargo el contenido de estos relatos es ficción. Algunas referencias se relacionan con hechos históricos o lugares existentes, pero los personajes, locaciones e incidentes son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia.

Bullying

Nimphie Knox

Nimphie Knox (seudónimo de Sofía Olguín) es argentina y estudia Letras y Edición en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es editora de Bajo el arcoíris Editorial, orientada a los libros infantiles LGBTI, y correctora de estilo en diversas publicaciones periódicas. Ha publicado la novela *Menfis* (2009, Eldalie Publicaciones) y próximamente serán publicadas dos novelas de su autoría.

Soy un hombre severo. Sin embargo, cuando conocí a Stein creí haber cambiado. Y sin duda fue así, sé que algo sucedió en mi interior, pero soy de la opinión de que las personas en realidad no cambiamos. Solo fingimos hacerlo cuando nos promete algún beneficio. Con los años, simplemente nos volvemos más como somos.

Antes de comenzar mi historia, quiero dejar en claro que el propósito de este relato no es, de ninguna manera, ser una catarsis. La catarsis ya está hecha y no siento ninguna culpa. Como verán más adelante, no dudo que actué de forma correcta. Este relato no es más que una advertencia. Ténganlo presente.

Conocí a Stein la tarde de un lunes. Hacía tres años que yo vivía en New Haven, Connecticut. Mis padres estaban en la otra punta del país, en California. Lejos, muy lejos: como siempre los había deseado. Se hacían presentes cada sábado, cuando el teléfono de mi piso sonaba a las siete de la mañana y yo me apartaba de mis libros y les daba las respuestas de siempre. Que tenía las mejores calificaciones de mi curso. Que seguía soltero. Que estaba bien de dinero. Todo era cierto. Jamás les mentí. Nunca tuve la necesidad de hacerlo o quizá jamás tuve ganas. Las mentiras agotan. Las mentiras tienen patas largas. Qué habría sido del mundo si no fuese así. Por eso no soporto la mentira. No soporto la mentira, la hipocresía, la vulgaridad, la inmadurez, ni la estupidez.

A veces no soporto a las personas. Y cuando mis padres me pidieron que le diera clases a Stein, hijo de uno de sus socios, al principio me negué. No quería relacionarme con un niño mimado, uno de esos niños que tanto había detestado durante mi adolescencia y que sigo detestando. No estudiaba para ser profesor. La enseñanza nunca me atrajo. Lo mío era la investigación en soledad y en la universidad tenía fama de antisocial. Muy cierto. Y no hice nada para cambiarlo.

¿Que si no me sentía solo? Claro que sí. Todos los seres humanos necesitamos

compañía. Pero yo no encontraba la persona adecuada, alguien que se amoldara perfectamente a mí, a mis necesidades. Las mujeres iban al baño en grupo, los hombres jugaban al *basketball* los sábados. Más de una vez me invitaron, pero rechacé sus invitaciones con educación. No les dije que sus deportes me parecían una pérdida de tiempo. Tenía una bolsa de boxeo y una cinta de correr en casa. Jugaba al ajedrez en las salas de juegos *online*, a armar el cubo de Rubik las tardes lluviosas. Yo necesitaba alguien que amara las ciencias, que compartiera mis inquietudes, mis horarios y mi manía por la limpieza y el orden. Alguien con quien pudiera intercambiar conocimientos, alguien con quien investigar el enfriamiento de los átomos, que me venciera en el ajedrez y que no tuviera vicios. Alguien como yo. Un clon de mí mismo. No me importaba que fuera hombre o mujer porque desde siempre me he sentido atraído por ambos sexos. De las mujeres me fascina el cabello largo y cuando me acostaba con prostitutas les pagaba para que me dejaran fotografiarlas con la cabellera desparramada en mi almohada. Con respecto a los hombres, los prefiero delgados. Siempre he sido más precavido con mis amantes varones, me inspiraban desconfianza.

Mi padre me pidió por favor que aceptara. Los padres del chico eran unos inversores alemanes muy adinerados. Le dije que lo pensaría y así lo hice. Lo que pensé fue lo siguiente: *puedo hacer que el chico me odie. Puedo hacer que él mismo no quiera que le dé clases*. Y con esa idea fui aquella tarde al bar donde lo cité. Le dije que lo esperaría en la mesa que estaba junto a la ventana y que luego podríamos irnos al primer piso o, si lo deseaba, a la terraza. Llegué quince minutos antes, subí al primer piso y me senté en la mesa más cercana a las escaleras. Desde allí lo vería aparecer.

Llegó cinco minutos antes, cosa que me sorprendió. Esperaba que llegara tarde.

Era normal para su edad, ni muy alto ni muy bajo. Vestía un uniforme escolar verde. Se sentó junto a la ventana, dejó su mochila en la mesa y se quitó la gorra gris del uniforme. Tenía el cabello muy rubio, casi blanco, rasgo que delataba su ascendencia aria. Cuando se le acercó el camarero, supongo que le dijo que estaba esperando a alguien. Pasados un par de minutos, sacó de la mochila un cuaderno de dibujo y un lápiz, fijó la mirada en algún lugar fuera de la ventana y empezó a garabatear, desentendiéndose del resto del mundo. Eso me intrigó y decidí dejar de mirarlo a hurtadillas.

Me acerqué a él por detrás, para ver qué dibujaba. Su mano se movía rápido, como la de un experto, y entonces advertí que sostenía el lápiz con la mano izquierda. Era zurdo. Mi sombra se desplegó sobre la mesa, oscureciendo la hoja blanca. Estaba dibujando al perro que una mujer había dejado atado junto a la tienda de revistas.

—Buenas tardes. ¿Eres Stein?

El chico se giró, sobresaltado. Lo primero que me llamó la atención de su apariencia fueron sus ojos. Eran del color de la soladita pulida, un azul gélido, casi gris. Fríos, atemporales, quizá un poco juntos para cumplir con el canon de belleza actual. Todo en él era pálido, desde su piel hasta sus pestañas, cosa que me resultó inquietante.

—Soy James.

Stein tenía quince años. Mi padre había exagerado, el chico no tenía problemas de aprendizaje. No era especialmente ágil para los números, pero tampoco un infradotado. Su problema era que había cursado la escuela primaria en un instituto católico cuya enseñanza era bastante mediocre. Recién llegado al secundario, era normal que las ciencias le costaran.

Yo jamás había dado clases y la experiencia me tomó completamente por sorpresa. Era fácil. Y Stein parecía empeñado en fastidiar lo menos posible la paciencia de ese hombre hosco y ceñudo que resolvía con él los problemas de trigonometría. Cuando comprendía mis explicaciones, sonreía. Cuando no comprendía, se ponía nervioso y se mordía los labios. Le avergonzaba pedirme que repitiera la explicación y eso al principio me irritaba. Por el contrario, no me irritaba tener que repetirme dos, tres, cuatro veces.

Sin darme cuenta, comencé a desear que llegaran los días de las clases. Mi casa quedaba cerca de su escuela y con la llegada del frío (yo detestaba salir de casa en invierno), le propuse que viniera a mi apartamento. Él era mi cable a tierra. Cuando estaba a su lado sentía que por fin era verdaderamente apreciado por alguien. La ciencia no me necesitaba: había muchos hombres y mujeres con altos coeficientes intelectuales dedicando sus tesis a los misterios de la nanotecnología. Pero Stein solo me necesitaba para aprobar sus exámenes.

Creo que en ese momento comprendí que estaba enamorándome de él. Su presencia comenzó a molestarme. Me ponía de mal humor que entendiera lo que le explicaba, que hiciera los ejercicios sin mi supervisión, que sus notas mejoraran. Me debatía entre dos emociones: el saber que yo no le era útil y la alegría porque su padre no lo castigara por suspender las asignaturas.

Por otro lado, en ese entonces yo desconocía su orientación sexual. Y pensaba que si por alguna de aquellas casualidades se sentía atraído por los hombres, no se sentiría atraído por mí, un hombre ocho años mayor.

Como era de esperarse, me obsesioné. Él estaba muy lejos de ser mi pareja ideal y solo entonces comprendí esa frase que dice que el corazón no entiende razones. No intenté dar con los motivos de mis sentimientos, porque no creo en el corazón y sé que todo tiene su origen en lo más profundo de nuestro cerebro,

en esos rincones oscuros y tenebrosos a los que jamás podremos acceder.

Para empezar, Stein era apenas un adolescente. Esa primavera cumplió dieciséis años y creció varios centímetros, pero no dejaba de ser un muchacho. No le atraían las ciencias, sino las artes. Quería ir a un curso de dibujo y su madre me preguntó desde el otro lado de la línea telefónica si consideraba apropiado que lo enviara a aprender a dibujar, si acaso no pensaba que eso era una pérdida de tiempo. Ni ella ni su marido querían un hijo artista y no deseaban alentar algo que consideraban un capricho inútil. Yo había visto los dibujos de Stein y tenía colgado en mi laboratorio el retrato del perro. Les dije que el chico tenía mucho talento, que me parecía apropiado que pudiera relajarse dibujando, que mejoraría su concentración y su memoria, y otras tonterías similares. Stein llegó a mi apartamento chorreando felicidad por sus cuatro costados y me abrazó balbuceando “gracias, gracias”. Hacía años que nadie me abrazaba. Hacía años que no me sentía tan feliz. Stein ya media más de un metro setenta y sus ojos estaban casi a la misma altura que los míos. Nuestras miradas se cruzaron y creí ver algo en la suya, en la fría soladita que le encendía la mirada. Lo deseé. Y supongo que algo en mi mirada se lo dijo, porque apartó los ojos y se ruborizó.

Debí haberlo retenido más tiempo entre mis brazos. Debí haber respirado de su cuello el perfume de su piel suave. Debí haber hecho algo, cualquier cosa. Acariciarle el rostro, quizá. Pero no lo hice.

Cuando dos personas se gustan, es extraño que no lo adviertan. Están pendientes la una de la otra, se persiguen con la mirada. Yo advertí que Stein comenzaba a sentir algo por mí y él también advirtió que me ocurría lo mismo.

Cuando cumplió dieciséis años, le pregunté si los festejaría con sus amigos. Me dijo que no tenía amigos con quien de verdad quisiera pasar su cumpleaños. Debí haberme parecido extraño, pero yo había vivido una adolescencia aislada y seguía viviendo mi juventud de la misma manera. Todavía me culpo por no haberle preguntado por qué no tenía amigos. Y me avergüenza haberme alegrado de sus palabras, porque eso significaba que no tendría que compartirlo con nadie, que Stein sería solo para mí.

Su cumpleaños caía sábado y le ofrecí pasar el día conmigo. Lo vi llegar esa mañana sin su uniforme escolar y lo espí por la cámara de seguridad. Vestía una camiseta sin mangas, unos vaqueros cortos y unas sandalias de verano. Algo que me había llamado la atención desde el principio era que no llevaba ninguna clase de adorno, ni siquiera una pulsera de tela. Tampoco tenía las orejas perforadas.

Como lo había consultado con su madre, le compré algo que sabía que deseaba: un pájaro. Stein era amante de las aves. Le compré un bonito loro de

plumaje verde, azul y rojo, asegurándome de que hubiese sido criado en cautiverio y tuviera las alas cortadas.

—Te he comprado algo que te gustará mucho, pero te lo daré cuando volvamos de la playa —le advertí en el camino.

Él me sonrió y se mordió los labios. Nunca lo supe, pero creo que su madre le dijo que yo le había comprado el loro que tanto deseaba.

Jamás había visto a Stein sin su austero uniforme de colegio. Toda su piel era tan pero tan pálida y se sentía tan suave al contacto de mis manos...

Sería negar la realidad decir que Stein no poseyera cierto amaneramiento. Stein detestaba la violencia y poseía una delicadeza más propia de una mujer que de un hombre. Pero no era afeminado, nada más lejos. Quizá, si lo hubiese sido, sus padres habrían advertido lo que le ocurría. Y yo también.

Paseamos por una de las playas de New Haven, nos recostamos al sol y él bebió su primera cerveza. Con una pequeña sonrisa, lo contemplé acercar los labios a la lata y sorber con precaución. En ese entonces yo ya estaba perdidamente enamorado de él. Su lacio cabello rubio, que necesitaba urgentemente un corte, se desparramaba sobre sus hombros lechosos y brillaba bajo el sol, meciéndose con la brisa.

—No me gusta —me dijo, no muy convencido.

Tenía un bigotillo de espuma encima del labio superior. Me encogí de hombros, alargué la mano hacia su rostro y lo barrí con el dedo. Nos miramos y nos largamos a reír. Luego él se quitó las sandalias, se recostó, y dejó que el agua le lamiera los pies. Me recosté a su lado y nos quedamos en silencio.

—¿Podemos ver el amanecer? Jamás lo he visto.

Accedí, pero finalmente nos quedamos dormidos.

Podría haberme acercado a él, podría haberlo tomado de la mano y acariciarle suavemente la palma con la yema del pulgar. Podría haber hundido la mano en su melena, sorprendiéndome de la finura de sus cabellos. Podría haberme aproximado más a su cuerpo, hacerle abrir sus ojos de soladita pulida y besarlo con la noche y el mar de testigos. Podría haberle dicho que lo quería, que amaba su callada timidez adolescente, que atesoraba cada punta rota de sus lápices y que tenía todos sus dibujos enmarcados en mi laboratorio. Podría haberle dicho que me moría por hacerle el amor, que no tuviera miedo de que yo fuera ocho años más grande, que lo cuidaría... que lo cuidaría.

Pero no lo hice.

Existe un terrible prejuicio que atormenta a las parejas homosexuales

intergeneracionales. Es el mismo prejuicio que sufren las heterosexuales, pero intensificado mil veces por el hecho de que la homosexualidad es considerada una perversión. Piensan que el mayor desea aprovecharse del más joven, de su inocencia, de su ignorancia. No logran pensar que quizá el menor no quiere estar con alguien del otro sexo, con alguien de su misma edad, que desea la compañía de alguien experimentado que pueda transmitirle conocimiento y placer, y que el adulto puede desear transmitirle ese conocimiento y ese placer sin ningún tipo de trampa. Que en estas relaciones haya amor, es otra cosa. Que estas relaciones perduren y prosperen, es otra.

Y yo tenía miedo de acercarme a Stein porque tenía bien presente ese prejuicio. Él era demasiado joven para ser mi hijo, demasiado diferente para ser mi hermano. Las amistades intergeneracionales son poco frecuentes. Y sé lo que pensaron los que nos vieron en el bar de la playa, cuando nos sentamos y pedimos nuestros jugos. No estaban tan errados. Tanto Stein como yo queríamos que algo sucediera entre nosotros.

Podría haber hablado con él. Podría haberle dicho que lo quería y que pensaba que él también se sentía atraído por mí. Podría haberle dicho que lo respetaría, que contara conmigo para lo que fuera, que quería besarlo, que tenía mi alma en sus manos. Podría haberle preguntado si quería tener una relación conmigo.

Pero no lo hice.

Y no puedo dejar de culparme, de insultarme, de recriminarme mi miedo, mi inseguridad, mi egocentrismo. Porque sí, ahora comprendo que actué por egocentrismo. Si yo tomaba una decisión, estaba seguro de que Stein querría estar conmigo. Él aguardaba... e imaginarlo ahora en su cama, sin poder conciliar el sueño, con los grandes ojos azules aguardando mi declaración de amor... me hace llorar, gritar, me hace desear morir.

Dije que este relato no era una catarsis, tal vez mentí. Pero no olviden que mi intención no es conmover el corazón de nadie, sino advertirles. Sé bien por qué hice lo que hice, no necesito expiar mis pecados.

Si lo hubiera hecho, si me hubiera acercado a él esa tarde de sábado, frente al mar, frente al sol... si lo hubiese tomado por la cintura y hubiese apoyado la cabeza en su hombro, si le hubiese dicho al oído: *te quiero*, nada de esto habría pasado. Yo quería a Stein para mí, solo para mí, para siempre. Y sabía que ese deseo era ridículo, estúpido. Pero si tenía a Stein una vez, no consentiría en que nadie me lo arrebatara. Eso pensaba. Y él era muy joven, era imposible que deseara quedarse conmigo para siempre.

Así que no hablé, no actué, me callé, refrené mis deseos y vacié mi lujuria en prostitutas rubias ni la mitad de hermosos que él. Pronto sus cuerpos

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

